

## Presentación

Julio Peñate Rivero

Universidad de Friburgo

El viaje es un componente fundamental de la historia humana, recompuesta a lo largo de los siglos a través del desplazamiento reiterado de individuos y de colectividades. Como expresión cultural, oral o escrita, de cada época y sociedad, el discurso literario ha privilegiado esta temática desde sus primeras manifestaciones hasta la actualidad: ya la *Epopéya de Gilgamesh*, texto sumerio de hace más de tres mil quinientos años, considerado como el primer relato literario conocido, nos presenta a su protagonista, divino y humano, en busca de la inmortalidad. Recordemos también las grandes obras de las letras grecolatinas que como la *Odisea*, la *Anábasis*, la *Eneida* y los *Relatos Verdícos* de Luciano han podido servir de referencia para narraciones posteriores, al igual que los textos de la Edad Media europea, ya sean de Marco Polo, Ibn Battuta o Mandeville.

La literatura medieval española es particularmente rica en textos hoy considerados como clásicos; baste citar la *Embajada a Tamorlán*, *El Victorial* o *Andanzas y viajes de Pero Tafur*, sin olvidar los componentes viáticos decisivos del *Poema del Cid* o del *Libro de Alexandre*. El Renacimiento va a imprimir un nuevo impulso en este campo mediante las cartas y crónicas de la conquista del Nuevo Mundo y la ficción literaria peninsular (el *Quijote*, la novela picaresca, el drama de asunto americano, etc.). Si en el siglo XVIII sobresalen los viajes y relatos de pretensión científica o económica, también aparecen obras tan diferentes como las *Cartas Marruecas* de Cadalso, el *Viaje de España* de Antonio Ponz, las *Cartas familiares* de Juan Andrés, el *Viaje a la*

*Mancha* de Viera y Clavijo o el *Viaje a Italia* de Leandro Fernández de Moratín.

En el siglo XIX, viajar y dar cuenta de ello por escrito se convierte casi en una obligación para los escritores del periodo romántico y, sobre todo para los del realismo gracias a la relativa paz europea y al progresivo desarrollo de las comunicaciones: Gil y Carrasco, Mesonero Romanos, Lafuente, Fernández de los Ríos, Ayguals de Izco, Alarcón, Valera, Pérez Galdós y Pardo Bazán figuran entre ellos. También importa destacar que en este siglo y en el siguiente los viajeros de las sociedades postcoloniales americanas van a interesarse regularmente por la relación (semejanzas, contrastes, adaptaciones posibles, ejemplos a evitar) entre los nuevos estados y el exterior: exmetrópolis, potencias económicas y culturales de Europa y Norteamérica o espacios considerados más exóticos como África y Oriente. Los intereses del escritor viajero son muy diversos: formación, profesión, cultura, exilio voluntario o forzoso, deseo de encontrarse consigo mismo, etc., pero aquí nos limitaremos a textos que de alguna manera privilegian la *curiositas* sobre la *necessitas*: el viaje voluntario más bien que el obligatorio.

Tomando a España como objeto del viaje latinoamericano en el XIX, observamos una visión que evoluciona a lo largo del siglo: en la primera parte resalta la puesta de relieve de la alteridad, la distancia e incluso la oposición entre una España en franca decadencia y la pujanza, real o postulada, de las antiguas colonias. La independencia recién lograda, con el deseo de afirmación de la propia nacionalidad, invita a una visión crítica de la metrópoli: si Fray Servando Teresa de Mier aborda en sus *Memorias* (1818) la degradación material y moral de España, Domingo F. Sarmiento incide en la misma dirección y llega incluso a proponer una normativa gráfica que marque la diferencia con Castilla hasta en la misma ortografía (ver *Viajes en Europa, Africa i América*, 1849).

Aunque tengamos ejemplos de esa tendencia incluso en textos de inicios del siglo XX como *Visiones de España* (1904) del argentino Manuel Ugarte, ya a fines del XIX se afirma con claridad la tendencia a no considerar a España como una alteridad distante y sin gran atractivo: ahora se la ve como formando parte de un mismo conjunto y como una entidad necesaria para que tal conjunto guarde sentido, lo cual no impide observaciones críticas pero emitidas a partir del sentimiento de pertenencia básica a una sola colectividad. Así se percibe en textos como *Viaje en España* (1886) del chileno Rafael Sanhueza Lizardi, *Al trote* (1894) del venezolano Miguel Eduardo Pardo, *España. Impresiones de un Sudamericano* (1910) del peruano Rómulo

Cúneo-Vidal, *Un viaje a Europa. Reminiscencias* (1946: a partir de recuerdos de 1907) del colombiano José María Cordovez Moure, *Las rosas del mantón. Andanzas y visiones por tierra de España* (1917) del argentino Ernesto Mario Barreda y *Retablo español* (1938: recuerdos de 1908) del también argentino Ricardo Rojas.

Pero es precisamente durante el siglo pasado, en plena afirmación de “la aldea global” (y de la presunta inutilidad del viaje en un mundo en el que ya no queda nada por descubrir), cuando más se desarrolla la actividad viática y su literatura en cantidad de textos, en exigencia estética, en diversidad formal, en atención por la prensa general o especializada, en reconocimientos literarios, etc. Esa línea ascendente va desde los autores del 98 y sus epígonos hasta los del “boom” de los últimos veinticinco años, pasando por las varias generaciones de la posguerra española: piénsese en escritores como Azorín, Unamuno, Bayo, Blasco Ibáñez, García Lorca, Sender, Ferres, López Salinas, Cela, Gironella, Delibes, Pemán, Juan Goytisolo, Castillo-Puche, Javier Reverte, Leguineche, Meneses, Pancorbo, Armada, Silva, Llamazares, Briongos y Sánchez Ostiz, entre tantos otros.

Y es que nada puede sustituir a la confrontación directa con la otredad: se trata de una experiencia personal de vida que, precisamente por ser propia, da a ésta mayor riqueza y densidad. Baste pensar en la variedad de componentes del relato viático: geográficos, antropológicos, históricos, religiosos, artísticos, (auto)biográficos u otros. Esta diversidad de contenidos va en consonancia con la multiplicidad de tipos textuales: diario personal, cartas, entrevistas, recortes de prensa, fragmentos de otros libros, poemas, secuencias ensayísticas, mapas, dibujos, fotografías... Además, esos materiales pueden presentarse en bruto (carnés de notas, horarios de transportes, facturas de hotel), perfectamente elaborados o reuniendo ambas modalidades.

Dada la complejidad que todo ello implica, se entenderá la dificultad que supone internarse por un género tan vasto y de fronteras tan porosas como este. Tal vez por ello sigamos sin resolver la paradoja de que el relato de viaje, primera manifestación literaria conocida, continúe sin tener una teoría crítica digna de ese nombre. Conviene, pues, abordar el texto viático con instrumentos de análisis adecuados para estudiar la riqueza de su contenido y su complejidad discursiva, ya que ambos planos están íntimamente relacionados y, sobre todo, llevarlo a cabo con una actitud abierta, sin reparos por revisar las jerarquías estéticas tradicionales, a fin de situar la literatura de viajes en el lugar que le corresponde dentro de la historia literaria.

Con la intención de avanzar por este camino, el Dominio de Lenguas y Literatura Ibéricas de la Universidad de Friburgo realiza una amplia investigación apoyada durante dos años y medio por el Fondo Nacional Suizo de Investigaciones Científicas, centrada en los relatos de viaje hispánicos del siglo XX. El mismo motivo ha guiado la organización de las *Jornadas Hispánicas* de 2011 con el título de “Viajeros y viajes en las literaturas hispánicas”. Coordinadas por los profesores Hugo O. Bizzarri y Julio Peñate Rivero, con la estrecha colaboración de Rubén Pereira, Ayudante de cátedra, han dado lugar a cinco conferencias y cuatro comunicaciones individuales o en grupo, a cargo de los profesores Luis Alburquerque (CSIC, Madrid), Rafael Beltrán (Universidad de Valencia), Luis Federico Díaz Larios (Universidad de Barcelona) y Miguel Ángel Pérez Priego (UNED, Madrid), del escritor argentino Mempo Giardinelli y de las doctorandas de varias universidades suizas Rachel Bornet, Susan Gujer Bertschinger, Eloísa Hagen-Melo, Mirjam Leuzinger y Nadine Rohrbasser.

Se han tratado así diversos problemas de orden teórico y de clasificación genérica, visiones de distintas épocas (Edad Media, Renacimiento, siglos XIX y XX), estudios concretos de textos e incluso la aportación testimonial de un creador de relatos de viaje. Ante la imposibilidad de acoger aquí todas las aportaciones, ofrecemos el lector una amplia muestra de ellas a través de los cuatro textos que siguen a continuación.

Luis Alburquerque percibe la literatura de viajes entre las obras más representativas de la época clásica y sigue su evolución a lo largo de la historia, destacando particularmente el impacto que el Renacimiento y la conquista americana tienen en su desarrollo. Por otra parte, delimita esta serie literaria respecto a formas narrativas próximas como la crónica, la biografía o la novela picaresca. Finalmente, aborda una atractiva caracterización del género a partir del comportamiento de tres binomios: factual/ficcional, descriptivo/narrativo y objetivo/subjetivo, con el fin de facilitar la clasificación de las obras que en principio cabrían dentro del ‘relato de viajes’.

Miguel Ángel Pérez Priego muestra la presencia del viaje intelectual al final de la Edad Media europea a través de nombres tan notables de las letras italianas como Petrarca, Poggio Bracciolini, Eneas Silvio Piccolomini y Antonio Traversari. En España estudia los casos de Alonso de Cartagena, Alonso de Palencia, Fernando de la Torre, Nuño de Guzmán y Diego de Valera, lo que le permite destacar la importancia de los textos de viaje entre los humanistas españoles del siglo XV.

Luis Federico Díaz Larios centra su estudio en la primera mitad del siglo XIX abordando, primero, la percepción que los viajeros románticos europeos tienen de España y, después, la “respuesta” de tres escritores españoles en los relatos de sus visitas a Europa: Mesonero Romanos (1840 y 1841), Modesto Lafuente (1841) y Wenceslao Ayguales de Izco (1851). Díaz Larios analiza los parecidos y las diferencias entre los tres viajeros a partir de los lugares visitados, de la mentalidad de sus autores y de las circunstancias históricas de cada viaje. El contraste entre lo observado fuera y la situación española es uno de los rasgos comunes de estos textos, además de su entidad literaria.

Mempo Giardinelli, por su parte, sostiene la profunda relación existente entre viaje y literatura, no sólo porque ésta ya es en sí misma una forma de viaje sino porque el viaje genera literatura. La primera gran novela moderna, el *Quijote*, así lo manifiesta y la evolución literaria posterior lo confirma. La historia de la literatura argentina es un ejemplo concreto de ello desde su origen en *Viaje al Río de la Plata* (1567), de Ulrico Schmidl, hasta la actualidad. Giardinelli da toda una serie de ejemplos en esa misma línea, en la cual inserta particularmente obras suyas como *Santo Oficio de la Memoria* y *Final de novela en Patagonia*, libro en el que el autor emite numerosas observaciones sobre el viaje y la literatura viática.

Termino agradeciendo su participación a todos los asistentes, a conferenciantes y comunicantes, al equipo de colaboradores de la Universidad de Friburgo, al profesor Hugo O. Bizzarri, coorganizador de las Jornadas, a la Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos por haber propiciado su celebración y al profesor Marco Kunz por la inclusión de este dossier en las páginas del presente *Boletín Hispánico Helvético*.